

PREMIO DE LITERATURA STEFANIA Mosca 2016

DEISA TREMARIAS

Casa
de viaje

DEISA TREMARIAS

Casa de viaje

★



Alcaldía
de Caracas

Fondo Editorial Fundarte

P R E M I O S T E F A N I A M O S C A 2 0 1 6

DEISA TREMARIAS

Casa de viaje



Colección Stefania Mosca. Poesía
© Fundación para la Cultura y las Artes, 2017

Casa de viaje
© Deisa Tremarias

Al cuidado de: LUZ E. LLAGUNO R.
Corrección: HÉCTOR A. GONZÁLEZ V.
Diseño y concepto gráfico general: DAVID J. ARNEAUD G.
Diagramación: OMAR D. GARCÍA C.

Hecho el Depósito de Ley
Depósito Legal: N° DC2016001711
ISBN: 978-980-253-686-3

FUNDARTE. Avenida Lecuna, Edificio Empresarial Cipreses,
Mezzanina 1, Urb. Santa Teresa
Zona Postal 1010, Distrito Capital, Caracas-Venezuela
Teléfonos: (58-212) 541-70-77 / 542-45-54
Correo electrónico: fundarteeditorial@gmail.com
Gerencia de Publicaciones y Ediciones

VEREDICTO
V PREMIO NACIONAL DE LITERATURA
STEFANIA MOSCA - MENCIÓN POESÍA
ALCALDÍA DE CARACAS. FUNDARTE

Nosotras, Indira Carpio, Katherine Castrillo y Mariajosé Escobar, designadas como miembros del jurado para la mención poesía del Premio Nacional de Literatura Stefania Mosca, correspondiente al año 2016, habiendo leído y examinado los numerosos manuscritos concursantes, hemos convenido por unanimidad conceder el Premio único al manuscrito titulado *Casa de viaje*, presentado bajo el pseudónimo de Hestia, cuya identidad al abrirse la plica resultó ser la de la autora **Deisa Tremarias**, titular de la cédula V-19.294.193.

Este poemario reúne una gran variedad de recursos literarios para desarrollar la reconstrucción histórica de una genealogía en medio de la guerra, con un lenguaje prolífico y un ritmo narrativo preciso. Confrontado con el conjunto de los manuscritos participantes, este poemario de fuerte unidad poética da cuenta de la resistencia, la sobrevivencia, el exilio y la victoria desde la ternura y desde la voz de una mujer que rescata con sus hilos las tres generaciones de mujeres que le precedieron, resaltando su participación fundamental en la contención de una clase obrera explotada y vapuleada por los poderes despóticos dominantes.



Indira Carpio

16.356.484



Katherine Castrillo

16.813.678



Mariajosé Escobar

19.351.214

Caracas, 15 de julio de 2016.

*A las maravillosas voces incesantes
que han estado, están y estarán
guiando nuestro camino.*

A Caneo Arguinzones Herrera,

A Domingo Michelli,

lo que construimos fue solo nuestro.

Tátaras

Elvira era aguja e hilo. El dulce ardor en las palabras que unían la casa. Una dócil paciencia de trigo donde colocar los llantos. La espera de los días, porque de algún lugar han de empezar los días, que impacientes se consumen en la llama de las promesas.

De Juan Lorenzo ha quedado la breve estancia de lo divino en lo terreno: la colección de azúcar, las mudanzas, los jabones y los hijos.

La tía monja

Señor,
tú que haces del amasijo de los ricos
el reino de los pobres,
allá
donde tu verbo se afila
mueren los míos.

Señor,
no esperes por mí
de nada sirve este pecho bordado
ni estas manos de relicario
ante la cruz.

Florencio, fueron tus manos de fuego acompañando el hierro. El oficio puro repicando el caldero bajo el hollín. Tuyas son las anillas que cargan el peso del pan y los trenes. Los círculos dorados del bolso con nuestros libros. Vulcano incansable y amoroso tras el carbón. La existencia de la carne que ha cesado.

Madrid. Zaragoza. Alicante

Decidiste correr feroz sobre la tierra en la que hundiste tu sangre. Correr lo que ya te grita y te da nombre. La tierra donde están sembrados tus padres te llama. Procura zanjar tus pies al hierro de las vías. Ahora será tu carne hollinada y más tarde vaporosa la que te llamará a la memoria de los muchos. A los que ahora despiertan apenas. Recordarás que sobre ellos es tu mismo paso el que está marcado y ya es indetenible, como el correr del tiempo.

Fueron las mismas manos y la misma historia la que posaste en la casa. Una costumbre que se marcó una vida tras otra.

Era aquella muchacha de Ariza convocándote bajo el hilo en el campo, cosiendo la noche en las camisas de los hombres para hacerlos bailar sobre la tierra.

Esa piedad bordada en la niña roja del convento. En su pan tejido de adolescente en París. Un suave eco en las mujeres ricas encajando sus rollizos cuerpos en aquellos estrechos trajes franceses, como camellos pasando por el ojo de tu aguja.

El bramar de la máquina a la rueca. El movimiento del pedal danzando en la sangre. El infinito resollar en la memoria del telar.

Todas y cada una existiendo en un mismo hilo.

La misma palabra repetida mil veces en las manos.

Hiladoras, repartidoras, inevitables.

Aquel vientre soplando en el rostro

todo hombre fue mujer alguna vez

y su primera luz era cosa de mujeres

cada nueve meses regresaban los paños,

el agua, las manos y los gritos

el profundo estupor de la primera batalla

aquellas mujeres suponían

la costumbre de parir.

A mi abuela la parió su abuela
y así
cada cierto tiempo
volvían a nacer
la una en la otra.

Una casa más

Para Nati, para Antonio, para Marcial, para Pilar, para ti. Una casa para sembrar la risa, para comenzar de nuevo. Un jardín grande para correr el tiempo. Para tomar los huevos de las gallinas a la misma hora. Para ver a mamá alimentar a los cerdos. Una casa amplia para esperar a papá del trabajo. Para oler su chaqueta de ferroviario. Para descubrir el cielo. Una casa para ir y venir del colegio. Para meter las manos en los bolsillos con ladrillos calientes durante el invierno.

Una casa más que no supo abandonarnos cuando vinieron por nosotros.

Gramófono

Desde ese gran corno donde encierro la cabeza surge la melodía de mis tres años. Alzada en la silla busco los pequeños músicos escondidos que suenan incansablemente. Tomo la manivela hasta cansar un brazo, el otro brazo, el brazo de mamá. Me detengo cada tarde ante la lujosa flor de la casa con ansias de tocar una vez más. Descifro el sentido de la aguja sobre el disco y me dedico a bailar dulce e inadvertida.

En otro orden de ideas, se atraviesan las finas puntas de colores. En sus cajas (aún sin óxido) van sufriendo rápidamente la metamorfosis del juego. Tímidas avestruces que esconden sus cabezas de mano en mano, de a dos o tres, regresando infelices a la quietud de un alfiler.

*

Los cromos tienen un brillo alucinado. La colección de cada estampa en su justa imagen y semejanza. El azar numerado con el que van de un lado a otro. Pequeños dioses imaginarios bajo las tapas de los libros.

**

El descanso y sus dos alas. Los números transversales de tiza en el patio para volar en un pie tras la piedra. La celebración del retorno a casa después del día en *un avión*.

Apenas éramos carne de tiernos años, dientes nuevos y luz movida. Meona fue tu segundo nombre de camino a la escuela. Regresar de nuevo con la muda de ropa mojada. Bajar a la cuadra con el vaso en la bolsa y esperar el milagro de la vaca. Diluirse en las manos estrechando las ubres. El suave tintineo de la leche escurriéndose en el tobillo. Cada movimiento acercando la sed. Aquella monja ordeñando impasible para cada una en la fila. Esperar la hora del recreo para saltar la comba. Siempre fuiste esa mansa costumbre de piedras en San José de Calasanz para la lección del día.

Con los ojos hundidos en la próxima muerte
escondes el costillar del hambre

Sus pasos ahora son migajas
la caridad de lo ajeno

No ha podido llorar su frente el sudor de la faena
es ahora solo una pobre limosna

la vergüenza de volver al hogar
con las manos vacías

¿Quién ha perdido tu nombre?

Niña, soy un hombre
un obrero sin trabajo

Mi canto es el pan duro

la piedra contra la nuca.

Vamos a decir que papá se ha ido

Eran las vacaciones cuando la guerra vino a estallar. Desde el cuartel de Zaragoza escuché los tanques tronar. Entonces, papá dijo «me tengo que marchar».

Se ha marchado *porsiácaso*, ha dicho mamá, y tuvo razón, no tardaron en llegar.

Vamos a decir que se fue a Cataluña porque a Cataluña no la han podido agarrar.

Los amigos nos dicen: cuidado, que ya todos estamos huyendo porque comienzan a matar. Irán a casa enseguida. Preguntarán por papá.

Vamos a decir que papá se ha ido

Han llegado ya, es la una de la madrugada mientras cantan borrachos del camión con cada camisa al sol. Su uniforme es azul oscuro y sus flechas de falange están bordadas. ¡Abran la puerta! golpean con la culata la entrada de casa.

Vinieron a buscar a papá. Vamos a decir que papá se ha ido a Barcelona sin chistar.

Tiraron los colchones, botaron nuestra ropa, sacaron todo fuera y lanzaron el bolso del colegio. De un puntapié fueron mis libros hasta el techo, con la ropa, la comida y el sueño.

Vamos a decir que papá se ha ido

Muchos de ellos aún tienen la coronilla jesuita. Prometieron que se vengarían de la República algún día.

Vamos a decir que papá se ha ido

Ruedan ahora mismo mi caja de pinturas, mis compases, mis reglas y mi pluma.

Dijeron que la próxima vez se llevarían a mamá con la luna.

Vamos a decir que papá se ha ido

Mamá ya no come. Está pálida. Vomita. Se le ve la muerte encima. No sonríe mientras nos gritan en la calle bandidos, criminales, mierdas. Mamá llora cuando cree que dormimos. No recuerda cuántas veces nos cortaron la luz. Mamá espera que algún día se olviden de nosotros mientras vuelven a destrozar la puerta de casa. Deseaba que viese mi vestido blanco antes de que vengan por ella. Mamá no puede coger su abrigo porque dicen que a donde la llevan no lo va a necesitar. En la oscuridad solo se ve lo blanco. He salido del cuarto y cuelgo de su vestido como un pequeño Cristo. Mis hermanos escuchan dentro del otro cuarto. ¡Si se llevan a mamá me llevan a mí! Mamá es ahora una cruz inmóvil mientras nos gritan ¡Hay que quitar hasta la raíz! Aquel hombre a su lado nos ha visto a los ojos. Guarda silencio. Comienza a salir. Le puede agradecer la vida a su hija esta vez.

Mamá ha dejado de rezar.

Han regresado por nosotros, por lo que queda de nosotros. Van y vienen pero nosotros ya no estamos. No tenemos frío ni nos tiemblan las piernas cuando llegan de madrugada. Nos lanzan en el camión junto a otros dos hombres rumbo al cementerio de Torrero. A donde vamos nunca necesitamos llevar nada. Mi madre me mira y yo a ella, otra vez aquí. Bajamos y nos gritan que vayamos a casa. Dar la espalda es casi sentir los proyectiles respirarnos en la nuca. Mamá lo sabe y yo también. Caminamos despacio y le agarro de la mano. Los otros que venían en el camión se han quedado. Escuchamos disparos. Siempre lo hacen, algún día lo harán.

Somos algo peor que la muerte.

Pasé un día frente al colegio republicano y de regreso todo estuvo en silencio. Nadie miraba. En el filo de la acera solo estaban ellos. Todos los cuerpos por orden de tamaño y dolor. Una pareja mayor encabezaba el recorrido con los ojos cerrados de espanto. Una pareja más joven, hijo de alguno de ellos quizás, les seguía. Decían que fue su castigo por quemar la bandera de sus asesinos. La joven madre a su lado apenas logra asirse al menudo cuerpo del bebé con la quietud de una foto familiar. Sus cuerpos aún tibios, comenzaron a ser las flechas en mi uniforme. Entonces no vi más. Me devolví y jamás pasé de nuevo por esa calle.

Tenía doce años.

No aquí. No en este espacio sórdido de la madrugada. No en los sollozos quietos de la vecina. No en la resignación y el hastío cuando vinieron por ellos. No matarles solo por darnos el pan. No por ejercer piedad ante nosotros. No hasta esos días que tuvieron que seguir sin suceder escuchando su llanto. Doliéndonos.

No aquí.

Los matorrales nos susurran: *sigan el camino, para allá, más para allá.*
Pero los matorrales que hablan solo son una trampa. Escogen su mejor caligrafía y las fotos perdidas de papá para visitarnos en casa. Dicen que nos ha escrito una carta para cruzar la línea de fuego. No les creo pero mamá y mis hermanos les han seguido. Ahora soy la última de la fila hacia el lugar que acordaron. Me siento en el carro de uvas frente a la casa de campo abandonada. Están amarrando las manos de mis hermanos y sus amigos. Esposan a mamá y a Pilar. Los matorrales que hablan nunca son buenos. Dos de ellos me hacen pasar adentro y me preguntan: ¿Cómo estás, pequeña? Empiezo a gritar y se abalanzan sobre mí. Nosotros no queríamos venir aquí, nos han engañado. Otra vez nos van a matar.

El guardia de asalto te observa fijamente. Si Purita estuviese aquí jugaría conmigo, le diría a su papá que deje de mirarnos como ganado ceremonial. Sabría que la abuelita de ella no está contenta con que ande matando niñas cobardemente. Recordaría cómo digo los buenos días mientras todos esperamos la orden de fusilamiento, pero él se ha ido. Está en la mesa con otros dos hombres. *Me ha reconocido*, murmura.

Cómo midieron tu rostro templando fuertemente los cabos.
Hubieses preferido un mejor escenario para la muerte. Uno que tu nombre no escribiese, uno donde pudieses ser el último, el se acabó. Que los ojos se te hubiesen arremangado deprisa y sin cálculos. Al menos que aquello que te alcanzara fuera la dignidad o el viento, por si no volvieses a trazar el plano inconcluso de la sangre. Sentir de repente un sopor nocturno que los plantase frente a ti sin viceversa. Una pared donde nunca contaras hacia atrás.

Soltar las maletas fue soltar a Antonio. Nos habían seguido desde Ariza la noche que cargamos el gran peso de amarlo. Aquella mañana de dos pañuelos, de dos pueblos más allá. Pasar por toda Santa María de la Huerta ahogando su nombre. Todos sabían que estaba bajo el árbol tres días antes que Lorca. Solo un campesino pudo abrazarle mientras la tierra lo esperaba.

Dos pañuelos que ahora son mortaja.

Trac. Subir la cuesta. Trac. Darte la vuelta. Trac. El tiro de gracia.
Trac.

El bastón y su pierna derecha.

Atrás ha quedado mi amor,
sepultado aún más abajo del mismo infierno.
Lejos he corrido de él contra la propia vida.

El viento silba su nombre

se ha ido ya

se ha ido ya

No podrán seguir el rastro de tu llanto

Corre lejos,
rápido como la pólvora que lo perfora

se ha ido ya

se ha ido ya

Lejos ha quedado mi amor
cuando escapé por aquella ventana,
venían por mí

se ha ido ya

se ha ido ya

Ebro

Abre las piernas y rompe las aguas. De un intenso dolor surgen los ojos espantando los gritos.

Emerges líquida y absorta. Aún recuerdas que fuiste orilla bordeando su rostro.

La celebración de una lengua cantando las piedras. El frío cuerpo de la virgen, su pequeña muerte de marfil. Ya no es un cántaro lo que te contiene. Llorar es devolverle el agua al río.

Ahora las copas de sus árboles son el refugio de tiroteos. Nocturna alcanzas el cristal del fondo y te dispersas hasta que pase la guardia. Del otro lado de la línea ha quedado tu nombre, procura olvidarlo.

Oír todos los días los pestillos. Oírlos tras los llantos, las súplicas. Oírlos cerrar la celda que estará vacía y sin retorno. Recordar aquella maestra compañera de celda que no volvió más. Sonar todos los días los pestillos como cargando el fusil frente al paredón. Escuchar cómo siempre éramos los próximos. El sonido exacto de su filo desde Burgos hasta Mallorca. Sortear la sordera implacable de su proximidad.

Toda esa agonía de madrugada cambiando de forma: en celdas separadas y por orden de tamaño. Cuarenta. Catorce. Dieciséis.

Querida madre, te escribe Pascuala. Las hermanas oblatas han conseguido la dirección de la cárcel para escribir y saber que están vivos. No he querido comer nada hasta saber que no les habían fusilado. Después de ese día me trajeron en camión al convento. ~~Ya sabes cómo son los conventos. Interminables. De pasillos. De temor.~~

Afueras siempre me esperan ~~los falangistas y la máquina de escribir~~. Preguntan ~~siempre~~ dónde está papá. Ahora ~~los juzgo bien~~. Me amenazan con que si no aprendo a rezar me llevarán ~~para matarme~~. Una de las hermanas les ha dicho que yo sé rezar. Rezo hasta en latín mamá. ~~Aunque ustedes son el único rezo que conozco~~. Jamás olvido mis oraciones para volveros a ver y regresar a casa en paz. Abrazos y besos para Pilar.

El castigo no son estas paredes. Es lo que existe más allá de ellas. Lo que continúa sucediendo con tensa calma. Liberarnos fue extender el dolor. Reunirlo. Apilarlo. Recoger las ruinas en otra geografía.

A media mañana siempre vamos a misa de muertos. Todos los días la cajita. El muertico. Todas de rodillas. Todas en fila para la hostia. La que te da el cura. La que te da franco. La que te da la ausencia. Una tras otra. Todas saben que las campanas doblan por mí. Que al final de su sonido están los guardias interrogándome. No he hecho nada. Solo coser. Nada más he hecho. Lo confieso.

Crecí y todo me quedó corto. No tenía zapatos ni nada. Las mangas de la chaqueta me quedaron cortas durante el invierno en Zaragoza. Tiñeron una manta de negro y la enviaron para hacerme una nueva. La usé para cuando murió el abuelo. Cuando su corazón también le empezó a quedar corto al ver que mamá no volvía. Tenía los pies hinchados de tanto esperar.

Luego regresé al pueblo y me compré unos zapatos de charol negros.

Volverse tan pesada hasta que se logren ver los huesos sin carne. Por eso cada ocho días nadie te quiere en su casa. Sin ropa, sin zapatos, sin padres. Pesas demasiado para quedarte. El hambre tiene tus días más contados que la tarjeta de racionamiento: 50 gramos de pan duro que relevas a otra niña más pequeña. Un cuerpo que apenas pesa lo suficiente para limpiar con las rodillas las trece oficinas de la Gran Vía. El sopor que va comiéndote cada día de camino a atender un lugar más. Asumir otra naturaleza para no compartir las sobras de los conejos. Caminar aún más lento. Esconder el saco de papas que te dieron bajo la cama para comerlas crudas por la noche. Cada bocado sabe lo mucho que pesas.

Aquello donde estáis vosotros debe oler como el pan recién horneado. Bueno, yo no sé. Acaso logro volver a casa en la tarde. Imagino que allá mis manos no son una obra barata para el tío. Quisiera estar un día sin limpiar la casa de los señoritos. Cuánto me gustaría conocer aquello donde puedo volver a ser tu hija.

Recibir otra carta con la misma letra. Esa dulce caligrafía semejante a los brazos, llamando una vez más. Diciendo que da igual morir aquí o allá porque te encuentras lejos desde hace tiempo.

Empacar sin salvoconducto el único vestido hasta Portbou. Cruzar la montaña en la guerra que no pedimos.

De noche caminar, de día esconderse

Lentamente transito el sueño de los espinos amansando mi carne. Contemplo la luna sobre aquellos hombres en el monte. Atravieso cuando los toros de Miura resoplan dormidos.

De noche caminar, de día esconderse

Mi cuerpo desciende mientras caigo montaña abajo. Te has asustado, pequeña. Esta soga no sostiene el peso de tus años.

De noche caminar, de día esconderse

Aprendiste de los muertos la quietud por la mañana. A ser ligera entre las piedras mientras pasa el sol.

Alcanza tus manos hasta el otro lado para ver el horizonte. Perpignan va ensanchando el alma. Recuerda.

De noche caminar, de día esconderse

Bajan desde Montech para encontrarme. Papá parece haber hallado la muerte muy de cerca al verme. Comienza a llorar. No sé qué decirle ni con qué cuerpo rodearlo. Soy un esqueleto pero no su hija. Soy la vergüenza de lo que apenas se sostiene. Seca. Con los huesos hundidos. Decaigo imperceptible en la parte de atrás de su bicicleta hasta la casa.

De noche caminar, de día esconderse

La Forêt

Asumes el lugar de tu partida. Solo los hombres sin tierra pueden cortar los árboles como alguna vez ellos fueron cortados de la suya. Solo ellos se quiebran con el don de las ramas. Solo ellos saben cómo hundir el hacha contra su pierna y escuchar el tronco cayendo. Ellos son los únicos que ya no esperan de la leña su fuego.

Allí estaba su blanco cuerpo de migas. El suave olor a levadura que va esponjando el estómago. Recorriendo la casa para anunciar la vida. Las manos que lentamente amasan el sabor de la hogaza. La mordida que va celebrando su áspera costra. No hay pan que sobre en la boca.

Montech es un pueblo de montaña. Vivimos juntos en una casa muy antigua. Aquí casi todos usan suecos. Papá y Nati los usan también. A veces contemplo cómo los dejan en la entrada de casa cuando regresan del trabajo. Parecen pequeñas cáscaras de nuez moviéndose por la calle todo el día cuando llueve. Una danza de pies resonando mientras sueño que no vuelvo más a donde tengo miedo.

Atrás, España.

Récépissé

Recuerdas que nunca fuiste nadie. La *rue de la République* casi termina llegando al portón. Corre, Laly, corre. Viene la redada. Vienen los gendarmes. Las piedras de la casa me ocultan, me borran del odio. Dos años menos. Dos años menos para permanecer viva.

Las tardes se iban solas entre abrigos. Vestidos. Verano. Otoño. Todos de las grandes casas de costura de París. Enormes tiendas con ropa pequeña. Mangas. Ruedos. Forros de vestido. Uno a uno bajo la misma prisa de la *retoucherense*. Pinzas. Cierres. Botones. Irse quedando sola al llegar a casa.

Julio regresa a la misma hora del bosque. Enrolla paciente la lengua y me enseña la boca de la O. Me habla hasta que logre dictar sus palabras en el papel. Luego voy a trabajar en el abasto. Madame Fouquet me pide que sea rápida con los tickets. Grita ella, grita el esposo y grita el hijo. Todos revuelcan sus pulpas mientras comienzo a conversar. Debo entender el peso de cada letra.

Jules rentre de la forêt à la même heure. Il roule sa langue patiemment et me montre la bouche en O. Il me parle jusqu'à ce que je réussisse la dictée de ses mots sur le papier. Après je vais travailler à l'épicerie. Madame Fouquet me demande de me dépêcher avec les tickets. Elle crie, son mari crie, son fils crie. Ils vautrent tous ses pulpes quand je commence à parler. Je dois comprendre le poids de chaque lettre.

Place de la Préfecture

Son los árboles quizás los únicos capaces de guardar silencio. Cultivando siempre la dura geografía del dolor. Cinco de ellos dieron sombra durante el verano. Cinco meses después. Cinco de ellos ahora afincan sus ramas con cuerdas. Cinco cuerpos bajo tu cuerpo. Ingrávidos. Pálidos. Sordos al resonar de las botas. Cinco maquis y yo, entendiendo que los árboles de las plazas no son árboles del bosque.

Papá teje y desteje mientras agarra el mecate. Endereza el nudo. El otro nudo. Va dirigiendo el dictado mientras estoy en la máquina de escribir. Va dándole nombre al papel. Un nudo. El otro nudo. El yute se torna amable entre sus manos viejas. Apenas logró llevar el ritmo al lado de la ventana cuando por fin he terminado el panfleto. Un nudo. El otro nudo. Papá coloca otro par de zapatos de rafia en la caja para vender al terminar la semana.

Padre sin Estado. Padre sin Dios. Padre de Jesús. Eres terca semilla
de la tierra. Cálida lengua común. Padre aún en la cruz militando.
Pan y vino de la memoria.

Maqui

En la cocina hay una pequeña buhardilla por donde se escurre aquel diminuto cuerpo. Es nuestro huésped la condena absoluta. Las botas subiendo por la escalera del primer piso van ajustando el nudo de la muerte en la garganta. La idea de nuestros cuellos bajo la gravedad de la ventana. La casa siempre es un cuartel improvisado. Por eso nunca hay último llanto. Ni torpeza de guardarlo.

Esa tenue silueta que reaviva cuando parecen avanzar por fin las justas causas. Que surge para arremolinar las sombras olvidadas del tiempo y recordarnos *qué bonita letra tienen los dictadores*. Mientras, negamos su existencia casi tan bien como él ha negado la mortandad de una nación entera.

Ese pequeño franco que habita en vosotros.

Los océanos también están en guerra
han perdido en los barcos sus últimas esperanzas
siempre escuchando pacientes los gritos de quienes se ahogan
nadie les va a culpar
en ellos han sido ocultas las batallas del miedo
profundos, desbordan la casa contra el rostro
llevando consigo la canción del destierro.

A veces me pregunto si después del mar todo se olvida. Si tocar tierra firme constituye una concesión de vida o solo se regresa en sueños a ella. De cualquier manera es siempre la historia la que construye la casa. La que ahora alza sus brazos prestados en esta tierra, como ya lo hizo en otras. Espero aquí el *Nuevo Mundo*.

Que se amen
que se encuentren
que no se sientan exactos,
que su hallazgo sea una piedra antigua
donde el tiempo estaba construido,
que los pájaros reposen en sus ojos,
que se canten poemas en silencio
después de la faena.

Dos memorias

una para el antes

otra para el después

ajenas al enemigo

resisten escondidas en profundas raíces

de otras historias

pequeños agujeros

volviendo detenidamente

sobre la sangre aún contenida

en los cuerpos

repitiendo lo jamás olvidado

un hilo infinito.

Rojo

Soy roja
y antes de mí
otros miles más
perseguídos
acorralados
asediados
torturados
muertos.

Apilando nuestros cuerpos
en fosas comunes
comunes
como nuestro pensamiento

rojos
rojos escondidos
resistiendo
huyendo
enfermando
hambreando
firmes.

Nombrarnos
es delatarse
han seguido el hilo rojo
de nuestra sangre
pero somos rojos
y eso ya no nos abisma.

Vendrán otros también
rojos de porvenir
y yo solo quisiera dejar
un camino abierto
con más flores que muertos.

Ahora que creíamos estar librados
y la tibieza del hogar justo nos aguardaba
nos alcanzan
otra vez somos rojos
peligrosamente rojos
las caras viejas han vuelto para seguirnos
unos nos amparan el camino
otros reviven desde su miseria.

Pequeña palabra muda

para Alexa

Quién te habrá dado el nombre
para volver a casa
con otro rostro

Dónde escondes la luz
de todas las voces incesantes
que apenas en un pequeño movimiento
ensayan la vida aquí
pequeña palabra muda.

Solo pido que cuando llegue el sueño largo
estés rodeada y llena de amor
como cuando viniste la primera vez.

<i>Cómo midieron tu rostro.../</i>	33
<i>Soltar las maletas fue.../</i>	34
<i>Atrás ha quedado mi amor.../</i>	35
<i>Ebro</i>	36
<i>Oír todos los días los pestillos.../</i>	37
<i>Querida madre te escribe.../</i>	38
<i>El castigo no son estas paredes.../</i>	39
<i>A media mañana.../</i>	40
<i>Crecí y todo me quedó corto.../</i>	41
<i>Volverse tan pesada.../</i>	42
<i>Aquello donde estáis vosotros.../</i>	43
<i>Recibir otra carta.../</i>	44
<i>La Forét</i>	46
<i>Allí estaba su blanco cuerpo.../</i>	47
<i>Montech es un pueblo.../</i>	48
<i>Récépissé</i>	49
<i>Las tardes se iban solas.../</i>	50
<i>Julio regresa a la misma hora.../</i>	51
<i>Place de la Préfecture</i>	52
<i>Papá teje y destuje.../</i>	53
<i>Padre sin Estado.../</i>	54

Maqui	55
<i>Esa tenue silueta.../</i>	56
<i>Los océanos también.../</i>	57
<i>A veces me pregunto.../</i>	58
<i>Que se amen.../</i>	59
<i>Dos memorias.../</i>	60
Rojo.	61
<i>Nombrarnos.../</i>	62
Pequeña palabra muda.	63
1	64

*Este libro se terminó de imprimir
en los talleres litográficos del
Instituto Municipal de Publicaciones
durante el mes de marzo de 2017
Caracas-Venezuela*

PREMIO DE LITERATURA STEFANIA MOSCA | MENCIÓN POESÍA 2016

Estos poemas de Deisa Tremarias comprenden el acto de tejer con la recuperación de la memoria a través del «dulce ardor de las palabras».

«Lo jamás olvidado», una España ocupada por la Falange fascista de los años que siguieron a la guerra civil de los años treinta, se convierte en «un hilo infinito» que recoge «las ruinas en otra geografía», en este caso Venezuela. La voz de una mujer recorre su infancia, cuando la muerte era un sonido cotidiano y el pan duro, porque no sobraba: el canto de un país. Tremarias evoca la memoria del telar como una forma del tiempo.

Esa voz de la memoria que recoge *Casa de viaje* es el hilo que comprende que la memoria, la historia y la palabra son inevitables para erigir una casa donde la guerra y el exterminio del «hilo rojo de nuestra sangre» sean lo evitable.

Por ello «es siempre la historia la que construye la casa» donde la lengua común es la del futuro, donde lo telúrico, la incesante rueca y el caldero que hierve son la celebración de una canción que aún está por construirse. Es un viaje que carga con su retorno, así como una niña regresa al hogar luego de una jornada fuera de casa.

DEISA TREMARIAS GRIMAU. Baruta, Miranda. 1987. Escritora, editora, correctora e ilustradora. Licenciada en Letras por la Universidad Central de Venezuela. Egresada del Diplomado en Edición por la Universidad Central de Venezuela y la Cámara Venezolana del Libro. Participante del colectivo de poetas *Las Fulanas Esas*. Ha sido publicada en distintos medios digitales e impresos y resultó ganadora del Premio Nacional de Literatura Stefania Mosca 2016, Mención Poesía.

